

ES MEJOR



SIN MIEDO



Introducción

Este material que tienen en sus manos, forma parte de una campaña que lleva por lema: Es mejor vivir sin miedo. Esta afirmación aplica para todos los ámbitos de la vida, considerando que el miedo es una reacción instintiva frente a cualquier acto cometido por otros, que pueda dañarnos de cualquier forma.

El objetivo de esta campaña es reflexionar acerca de las causas que llevan a muchas personas a rechazar e incluso odiar a lesbianas, homosexuales, bisexuales y personas trans.

Desde nuestra propia experiencia en procesos de reflexión con personas jóvenes y adultas, consideramos que la falta de información adecuada sobre nuestros cuerpos y la influencia de ciertas ideologías que quieren imponer sus propios prejuicios sobre el género y la sexualidad, no solo producen miedo, sino que llevan a legitimar la discriminación hacia aquellas personas que muestran alguna diferencia en estos ámbitos de la vida.

Esta campaña es producto de muchos años de reflexión con mujeres y jóvenes de ambos sexos, pero también con personas adultas de diferentes regiones del país, que han compartido sus experiencias de vida que empiezan por los aprendizajes que tuvieron desde la infancia y los temores que han ido acumulando acerca de la sexualidad.

Les invitamos a leer este material con curiosidad y apertura, anteponiendo el reconocimiento auténtico de la propia experiencia, a los juicios y prejuicios que nos han inculcado a lo largo de nuestras vidas y que tanto daño nos han provocado.

También, quisiéramos que utilicen este material para generar conversaciones respetuosas en las familias, en los grupos de amistades, en los salones de clase y en todos aquellos lugares en donde se reproducen las ideas que tenemos acerca de nuestros cuerpos, las orientaciones sexuales, los comportamientos ligados al género masculino y femenino, el matrimonio, el amor, la reproducción, que como sabemos son ámbitos de vital importancia para todos los seres humanos.

Las mentiras de los inventores de la “ideología de género”

En algunos países de Europa y América Latina han aparecido una serie de personajes en su mayoría hombres, adultos, blancos y de clase acomodada, hablando en las conferencias internacionales de derechos humanos, pero también en la radio y la televisión, en contra de las organizaciones y de las personas que se ocupan de denunciar la violencia y defienden la sexualidad y la reproducción como un derecho humano.

Recurriendo a toda clase de mentiras e incluso haciendo uso de ejemplos absurdos, afirman que las personas e instituciones que promueven los derechos sexuales y reproductivos quieren separar a los hombres de las mujeres; acabar con la autoridad de los padres y las madres y con ello acabar con las familias; rechazar la maternidad; y promover una sexualidad desenfrenada.

La gente que tiene poca información sobre estos temas -que por cierto suele ser la mayoría-, escuchar estos discursos amenazantes y siente miedo de que su forma de vida se vea amenazada.



Y es el que miedo se alimenta precisamente de la falta de información adecuada y veraz, pero también del apego casi automático a ciertas ideas que nos inculcaron desde la infancia y que resulta difícil modificar a fuerza de escucharlas por todos lados como si fueran verdades absolutas.

Para quienes hablan en contra de las y los defensores de los derechos sexuales y reproductivos -incluyendo a las feministas que han jugado un papel relevante en este ámbito - los hombres y las mujeres solo somos cuerpos determinados por la naturaleza, o sea, somos mujeres y hombres, de una manera y para siempre.

Afirman que los genitales –masculinos o femeninos - determinan incluso antes de nacer, no solo nuestras características físicas, sino las emociones, los deseos, las formas de comportarnos, es decir, todos los ámbitos de nuestras vidas. Ni los colores, ni los juegos, ni la formas de vestir se quedan fuera de esta rígida comprensión sobre lo humano.

Según los promotores de esta campaña de desinformación los cuerpos de los hombres y las mujeres están determinados principalmente por la biología, mientras que la influencia de lo social y lo cultural quedaría en un segundo plano.

De esta manera, consideran que no es posible, ni deseable, cambiar absolutamente nada en nuestras formas de ser, porque ya estamos predeterminados al igual que los animales.

Tales afirmaciones no tienen ninguna conexión con la realidad. Si echamos una rápida mirada a la historia de la humanidad e incluso a nuestros entornos más cercanos podremos constatar que todos los seres humanos independientemente de los genitales, somos más complejos que los animales porque a través de la palabra podemos aprender nuevos significados sobre todo lo que vemos e incluso sobre lo que no vemos; precisamente los seres humanos a diferencia de los animales, podemos creer en Dios, en la virgen María, en los santos, en la energía cósmica, en las bondades de la tierra, en buda e incluso en eso que llaman mal llaman las ciencias ocultas que por cierto han sido y son practicadas en todas las culturas.

Los seres humanos desde el comienzo de los tiempos hasta nuestros días hemos ensayado múltiples formas de modificación de nuestros cuerpos de manera temporal o definitiva. Por ejemplo:

- * Hombres y mujeres han recurrido a la pintura del cuerpo y de los rostros para verse más bellos, para ir a la guerra, participar en carnavales o más recientemente en los concursos de belleza.
- * Mujeres y hombres de algunas culturas se perforan diferentes partes del cuerpo: orejas, nariz, ombligo con fines estéticos o para identificar el lugar que cada quien ocupa en las jerarquías de su clan o comunidad.
- * Cada vez con mayor frecuencia principalmente las mujeres recurren a las cirugías estéticas para corregir

un “defecto” o para adoptar un tipo de cuerpo que las sociedades de consumo consideran deseables que otros y por ende más exitosos.

* Muchas mujeres - y también algunos hombres - han sido enseñadas a depilarse cejas, axilas y piernas en aquellas sociedades en donde los pelos son considerados feos.

* Principalmente los hombres realizan ejercicios extremos para resaltar los músculos, como expresión de una cierta virilidad aprendida.

* Mucha gente usa frenillos para emparejar los dientes o se pinta el pelo en colores o adoptan formas de vestir que se ponen de moda en los mercados de occidente.

Podríamos seguir enumerando una inmensa lista de prácticas utilizadas tanto por las sociedades originarias como las actuales, con diversos fines que en muchos casos tienen que ver con los modelos de belleza, en otros con ciertas creencias metafísicas, por problemas de salud y también por curiosidad y necesidad de experimentar el control o la liberación de los propios cuerpos.

La violencia se alimenta de los prejuicios de género

Los promotores de la campaña en contra de defensoras de derechos sexuales y reproductivos, afirman que la violencia y que las feministas la hemos inventado porque odiamos a los hombres y queremos que las familias desaparezcan.

Por supuesto que basta echar una rápida mirada a las estadísticas de cada país para desmentirlos: abusos sexuales, violaciones, femicidios, agresiones físicas y psicológicas, acoso callejero figuran entre las terribles formas que adopta la violencia de género y que tiene entre sus principales víctimas a niñas, niños, adolescentes y mujeres en general.

Los agresores en la mayoría de los casos son hombres jóvenes y adultos, conocidos y desconocidos, ricos y pobres, blancos, mestizos, afrodescendientes e indígenas. Eso dicen las estadísticas y es también lo que vemos en la vida cotidiana.

Se habla de **violencia de género** precisamente porque tiene su origen en todos los prejuicios que nos inculcan desde la infancia y que se van interiorizando aun de manera poco consciente.



Así llegan muchas mujeres a adoptar comportamientos sumisos, temerosos y dependientes; mientras muchos hombres asumen comportamientos autoritarios, dominantes, intransigentes e irreflexivos.

Más allá de la irresponsabilidad de negar la violencia de género y el grave impacto que ella tiene en todos los ámbitos de la sociedad, resulta un sinsentido afirmar que las feministas pretenden separar a los hombres de las mujeres.

Y es que el sentido común más básico, nos confirma que todos los seres humanos independientemente de sus genitales o de su género, nos necesitamos para sobrevivir, para reproducirnos como especie, para enfrentar las desgracias que acontecen en todo el mundo, para mejorar nuestra calidad de vida, para desarrollar nuestras capacidades y potencialidades.

Nadie en su sano juicio se puede imaginar un mundo solo de hombres o solo de mujeres. La segregación ha sido promovida para excluir a quienes se consideran inferiores e incrementar el poder de determinados grupos que se declaran superiores en razón del género, de la raza o de la clase.

La mejor prueba de ello es que a lo largo de la historia las mujeres han luchado persistentemente para ser reconocidas e incluidas en aquellos lugares controlados por los hombres.

Hay suficiente información recopilada por las propias mujeres que atestiguan sus luchas por ser aceptadas en las escuelas, en las universidades, en los partidos políticos, en los parlamentos, en el sacerdocio para citar solo algunos ejemplos.

Son las mujeres, incluyendo las feministas quienes le han puesto voz a la discriminación, quienes se han opuesto a la segregación por razones de género y defendido la igualdad de derechos y oportunidades como un valor democrático.

Precisamente en lo que tiene que ver con las familias, las feministas somos quienes más hemos reflexionado sobre la importancia que tiene para todas las personas sin excepción, crecer y contar con familias que nos enseñen valores de respeto, disposición al diálogo y un reparto equitativo de responsabilidades para gestionar los problemas de la vida cotidiana.

Hemos invertido muchas energías para promover modelos de familia libres de violencia y de cualquier forma de explotación, porque son las mujeres las que suelen sacrificarse con mayor frecuencia para que los otros miembros de la familia tengan más oportunidades y eso es injusto.

Quienes niegan la gravedad de la violencia de género y la violencia machista promueven una falsa idea de unidad familiar que esconde toda clase de abusos de abusos de poder, el mal reparto de trabajo

y de los beneficios que obtienen hombres y mujeres, el maltrato y otras formas de violencia que provocan daños a quienes la padecen, pero también al conjunto de la familia. En realidad, no quieren familias unidas sino, sometidas al poder autoritario ejercido muchas veces por los hombres adultos, aunque también hay mujeres que replican estas lógicas de autoridad.

Todas las familias necesitan educación sexual de calidad

En sociedades como la nuestra, el estado hace muy pocos esfuerzos por apoyar a las familias para que tengan información adecuada que permita prevenir la violencia de género y para tomar decisiones informadas en ámbitos relacionados con la sexualidad y con la reproducción.

La lista de preocupaciones relacionadas con este ámbito es enorme: la menstruación, la masturbación, la virginidad en hombres y mujeres, las primeras relaciones sexuales, los métodos anticonceptivos, el amor, el matrimonio, el divorcio, la fidelidad o infidelidad, la prevención de enfermedades de transmisión sexual, las orientaciones sexuales, los comportamientos de género de hombres y mujeres, la calidad de las relaciones sexuales y el orgasmo, el consumo de pornografía, por mencionar solo algunas.

Como existe poca información y la que existe generalmente reafirma el prejuicio de que la sexualidad en una dimensión “peligrosa y malsana” que se debe controlar e incluso prohibir, las familias y particularmente las madres que están más cerca de los hijos e hijas, se aferran a lo que tienen más a mano para enfrentar los temores, las dudas, la vergüenza y muchas veces la culpa.

Es como si caminaran a tientas por un camino lleno de peligros y, sin embargo, imposible de esquivar porque al fin y al cabo la sexualidad está presente a lo largo de la vida de todos los seres humanos.



El género es una realidad que se practica y se enseña. Y son las familias la primera escuela en donde se aprenden los significados y las prácticas del género, de la sexualidad, de la maternidad, de la paternidad y del cuidado.

Estas enseñanzas pueden contribuir a que hombres y mujeres aprendan a aceptarse y aceptara las demás personas o pueden ser generadoras de violencia y discriminación.

Precisamente tomando en cuenta la importancia que tienen las familias como espacios primarios de socialización y de aprendizaje sobre aspectos de vital importancia para nuestras vidas, es que debemos promover familias más respetuosas e inclusivas, en donde no tenga cabida la violencia, la explotación e incluso la exclusión como ocurre la mayoría de veces en el caso de lesbianas, bisexuales, homosexuales y personas trans.

Los inventores de la “ideología de género” quieren imponer un modelo de familia único, rígido, autoritario, cerrado y machista. Familias alejadas de cualquier noción de derechos, en donde los hombres adultos tienen poder sobre las mujeres, pero también sobre niñas y niños, donde los cuerpos que no encajan en los moldes aprendidos, sean expulsados real y simbólicamente.

Esto es precisamente lo que en muchos casos ocurre con aquellas personas que desde la niñez presentan ciertos comportamientos que no se corresponden con las ideas rígidas de lo masculino/femenino/heterosexual.



Entre la biología y la cultura

Todos los cuerpos de la modernidad constituyen una compleja síntesis entre biología y cultura. Mientras la unión de cromosomas XX o XY dan como resultado cuerpos con determinados genitales y formas específicas, la cultura nos enseña un sinnúmero de significados acerca de estos cuerpos y cómo deben relacionarse entre sí.

Los gustos y también los disgustos se van construyendo en directa relación con los permisos y prohibiciones que recibimos de aquellas personas con las que convivimos dentro de las familias, las comunidades, las escuelas, en todos lados.

A lo largo de nuestras vidas vamos experimentando, aprendiendo y desaprendiendo lo que queremos y también lo que rechazamos.

Somos seres humanos hechos de determinada herencia genética, pero también de ideas, emociones, deseos, costumbres, tradiciones, creencias que aprendemos en nuestras familias de origen, en las comunidades donde crecimos, a través de los medios de comunicación



de masas, en las iglesias de las que somos parte. Precisamente por ese cúmulo de experiencias y aprendizajes es que somos mucho más complejos que los animales.

Es por eso que desarrollamos comportamientos que no son “naturales”, sino que son resultado de lo que hemos aprendido a lo largo de nuestras vidas y gracias a la socialización con otras personas y organizaciones sociales.

Son muchos los ejemplos de las enseñanzas que recibimos desde la primera infancia que luego van a tener un enorme impacto en las decisiones que tomamos a lo largo de nuestras vidas.

Escoger un oficio u otro, vivir en un sitio cercano o alejado de la familia, tener bienes propios o depender de los recursos de otros, tener menores o mayores aspiraciones intelectuales o de bienestar material, tener una sola pareja a lo largo de la vida o no, tener solo una hija, un hijo o ninguno, tiene que ver no solo con nuestros deseos personales, sino con los aprendizajes y estímulos que hemos hechos propios, así como de las oportunidades u obstáculos que nos ponen las familias de origen, las parejas, las instituciones o los propios valores que son afirmados o rechazados en determinadas culturas.

La homosexualidad, el lesbianismo, la bisexualidad no son enfermedad ni pecado

Con toda la información que tenemos en la actualidad, nadie puede creer que todos los niños y niñas sean heterosexuales porque así lo manda la naturaleza.

En todos los tiempos, en todas las culturas, en todos los grupos étnicos, en todas las clases sociales ha habido hombres que desean a otros hombres, mujeres que se sienten atraídas por otras mujeres y personas que sienten atracción por personas de ambos sexos.

No existe ningún misterio alrededor de la orientación del deseo u orientación sexual como se nombra en la literatura sobre sexualidad; ninguna maldad, ninguna conspiración; ningún peligro; ningún caos. Esta característica relativa al deseo, forma parte de la riqueza y la complejidad de los seres humanos.

Tampoco quienes se reconocen como heterosexuales, son idénticos ya que como sabemos, pueden tener gustos diferentes.

Como en otros ámbitos de la vida, hombres y mujeres somos más o menos curiosos y arriesgados en el terreno del placer sexual.



Algunas personas dedican mayores energías a la búsqueda del propio deseo, otras en cambio están conectados con otros ámbitos de las relaciones humanas, por ejemplo, quienes renuncian a las relaciones sexuales para dedicarse a actividades místicas que prohíben este tipo de experiencias.

Lesbianas, homosexuales y bisexuales tal vez no podrían explicar con palabras lo que sienten en un ambiente en donde la heterosexualidad se ha presentado como la única posibilidad, pero son capaces de reconocer que desde la infancia y a pesar de haber crecido en hogares con modelos heterosexuales, sienten atracción por personas del mismo sexo muchas veces desde la infancia.

Las diversas expresiones del deseo no son un peligro para nadie. El verdadero peligro para las personas, las familias, la sociedad, es la violencia que somete, reprime, castiga, hace daño y produce miedo a quienes no logran encajar en determinadas normas sociales relativas a la sexualidad.

Vivir con miedo es medio vivir. No alcanzar en las expectativas de los otros, sentirse defectuoso, desconocerse e interiorizar sentimientos de desprecio hacia sí mismo, son parte de las consecuencias de la violencia que se ejerce en nombre de una supuesta naturaleza heterosexual o en nombre de una palabra de Dios que en realidad es palabra de una sociedad que desde hace varios siglos actúa movida por la ignorancia, los prejuicios y el miedo.

Las personas heterosexuales son tan normales y diversas como las lesbianas, homosexuales y bisexuales. Desean, se enamoran, tienen fantasías, hacen parejas, se decepcionan, viven rupturas dolorosas o logran hacer parejas armoniosas y creativas.

Quienes producen discursos de odio en contra de lesbianas, bisexuales, homosexuales, quieren imponer sus propios temores; son una clara expresión de un poder autoritario y abusivo que también sirve para someter a las mujeres en general.

Una mezcla de lo masculino y femenino en diferentes proporciones

Más allá del interesante debate sobre la composición arbitraria de los cromosomas X y Y que producen en cada ser humano una mezcla singular, todas las personas sin excepción tenemos hormonas masculinas y femeninas, aunque en diferentes proporciones.

Las madres, padres y familiares de niñas que teniendo genitales masculinos se viven a sí mismas como “niñas”; o niños que, teniendo genitales femeninos, se



sienten niños, saben que no se trata de una elección, sino de una realidad para la cual no hemos sido preparados. Nos han enseñado que solo puede haber una única correspondencia entre unos genitales definidos y un género asignado.

En realidad, la transgeneridad no se trata como muchos piensan, de una simple imitación sino de una realidad que no depende de los genitales sino de la autopercepción que tenga el niño o la niña de sí misma. Esta autopercepción puede aparecer muy tempranamente.

Algunos estudios calculan que, de cada 1000 personas, al menos una será trans. Se trata de personas singulares que nos recuerdan que los seres humanos somos diversos incluso desde el punto de vista biológico.

La falta de comprensión y el rechazo por parte de las personas adultas y de las instituciones públicas, produce sufrimiento y miedo en la niñez trans, que se ve en la necesidad de disimular, negar o esconder sus gustos para evitar el rechazo, la ridiculización y otras formas de violencia que puede adoptar inauditos niveles de crueldad.

El gusto de las niñas con genitales masculinos por los atuendos clasificados como femeninos es una manera de autoafirmación de la propia identidad, constantemente negada por las personas adultas de su entorno, quienes frecuentemente asocian la

transgeneridad con un desorden mental, un capricho y en el peor de los casos con una marca diabólica.

En sociedades como la nuestra hay una terrible presión para que los niños y las niñas se comporten como “hombrecitos” y “mujercitas” a imagen y semejanza de los prejuicios instalados en la sociedad en las que le tocó nacer.

Existe un enorme apego a ciertos comportamientos asociados a lo masculino y lo femenino que pueden resultar una camisa de fuerza para quienes no se sienten identificados: la forma de vestir, ciertos gestos corporales, los juegos diferenciados por sexo, y hasta la manera de hablar.

Aunque algunas normas establecidas socialmente para oponer lo femenino y lo masculino se han ido flexibilizando producto de los cambios ocurridos en el siglo XX, la presión que recibimos en nombre de la tradición sexista es enorme, llegando hasta el extremo de justificar el uso de la violencia para “corregir” a las niñas y los niños que no se comportan de la manera indicada.

Esto les pasa por ejemplo a los niños que quieren jugar con muñecas o a las niñas que no quieren usar vestidos porque se sienten más cómodas con pantalones.

Pero como hemos podido comprobar, igual que sucede con la homosexualidad y el lesbianismo, por

más violencia que se ejerza, la propia percepción de lo que somos es lo que cuenta. Las niñas y los niños trans existen y más vale que aprendamos a respetarles en su singularidad como una variante de la compleja diversidad humana.

Nadie tiene derecho a ejercer violencia y hacer sufrir a niños y niñas por el hecho de no encajar en los rígidos moldes de género que ha construido una cultura atrapada en el pensamiento binario sobre la base de prejuicios.

Aprendamos de su realidad con empatía y curiosidad como ya lo están haciendo padres y madres que aun sin tener información, tienen la suficiente sabiduría para no dejarse llevar por el miedo.

Los seres humanos somos mucho más que la forma de vestir, de jugar, de desear, de enamorarnos. Nos une el deseo de ser reconocidos en nuestra dignidad y ser aceptados con nuestras singularidades.

La misma realidad que opera para las personas que se reconocen hombre - mujer - heterosexuales, es válida parahomosexuales, lesbianas, bisexuales y personas trans.

Nadie está en riesgo de nada, todos y todas tenemos un lugar propio en este mundo tan lleno de problemas reales como la pobreza, la violencia, la discriminación, el cambio climático y el deterioro creciente de la calidad de nuestras vidas.

Celebremos la diversidad que nos contiene y
nos reconoce en nuestra singular y común
humanidad, porque
ES MEJOR VIVIR SIN MIEDO.

www.lacorrientenicaragua.org
FB: Programa Feminista La Corriente
TW: @LaCorrienteNica
Youtube: La Corriente Feminista
IVOOX: Cuerpos Sin-vergüenzas





Programa Feminista
La Corriente